

VIVIR LA UNIDAD EN UN MUNDO ALIENADO* **Del poder terapéutico de la forma de vida benedictina**

I. Recuperar la visión de la realidad perdida

Ambigüedad del progreso técnico

Se ha hecho usual definir el sufrimiento de los hombres de nuestra época con el término de “alienación”. Esta palabra ha sido incorporada al vocabulario contemporáneo a través de Hegel y Marx y por ello produce reacciones adversas. Pero parece que la palabra está en camino de desprenderse de su marco ideológico determinado para llegar a expresar nada más que un hecho de experiencia común: el que como hombres secularizados nos sentimos en primera instancia como “ajenos” ante las cosas, los hombres y también ante Dios; percibimos que algo se interpone entre nosotros y esas realidades. Como por otra parte también la Escritura (por ejemplo *Ef 2,12*) nos habla de este “enajenamiento”, podemos considerar la palabra “alienación” como apta para designar una realidad fundamental, de múltiples aspectos, pero que es percibida como un complejo coherente.

Para hacer más comprensible este complejo nombraré algunas actitudes características de nuestro tiempo: el que quiera ser considerado hoy día como hombre ilustrado debe tener una mentalidad “científica”, participar del consumo, tener una orientación social y ser responsable y democrático. Ahora bien, todas estas actitudes se caracterizan por su tendencia a una total “objetivación”, vale decir, ellas transforman el mundo, los hombres, nuestras propias personas en *objetos*, es decir, en realidades susceptibles de ser analizadas, planificadas, usadas para alcanzar con ellas determinadas metas, para apoderarse de ellas. Por medio del mecanismo de objetivación el hombre intenta comprender este mundo, sus bienes, la vida con todos sus altibajos, para dominarlo y usarlo para su autorrealización.

Tales actitudes conquistadoras y posesivas conducen a nuevas esclavitudes: unas, porque el afán posesivo engendra permanentes conflictos, desconfianzas y envidias y, por ende, alienación; las otras, aún más decisivas, son las alienaciones que se producen por el mismo proceso de objetivación: por el hecho de convertir algo o alguien en objeto, lo pierdo como polo o interlocutor del diálogo vital. El antiguo prefacio de la consagración del agua bautismal hablaba de un “mysterium elementi”, es decir, del misterio del agua como “elemento” de la creación, lo fascinante de su “ser en sí”, independiente de mi utilidad y uso. Esto mismo para la mentalidad científica de nuestro tiempo nos es más que una mistificación subjetiva, algo que el talento poético del hombre proyecta en un mundo inanimado. Lo que interesa a nuestro tiempo no es el “misterio”, el “alma” de las cosas y de las personas, sino su utilidad. Este procedimiento habitual de transformar todo en objeto desanimado, para uso o provecho propio es, según la Biblia, una de las características del hombre pecador.

El tercer capítulo del Génesis expresa claramente el dilema en el cual nos encontramos. Al principio la serpiente no hace otra cosa que inducir al hombre a reflexionar sobre su situación. Hasta ese momento el hombre había estado integrado a toda la creación en una obediencia natural e indiscutida. La serpiente lo hace salir de sí, mirarse desde afuera y su aceptación de la voluntad divina ahora le parece ingenua. ¿Acaso Dios te quiere mantener en esta dependencia ciega? ¿Acaso no vas a poder comer del árbol del conocimiento del bien y del mal? ¿Acaso Dios tiene miedo de que puedas igualarte a él? La palabra “conocimiento” en este contexto no

* De *Erbe und Auftrag*, N° 4, 1976. Tradujo: Mauro Matthei, osb. Viña del Mar, Chile

significa sólo “comprensión” sino más bien “aprehensión”, es decir, una toma de posesión de algo; y “conocimiento del bien y del mal” no se reduce sólo a una comprensión ética, sino que significa el poner a disposición del hombre el espacio vital en que este se mueve. La invitación de la serpiente induce al hombre a tomar en sus manos el jardín de la vida, a examinarlo y, distinguir en él según su propio criterio lo bueno y lo malo, lo útil y lo inútil, convirtiéndose él mismo en medida de todas las cosas. Al hombre le parece “apetecible” el poder manipular las cosas a su gusto: así -le parece- se le abrirán los ojos, tendrá “conocimiento” y podrá tomar su destino en sus propias manos. sin tener que vivir de la mano de Dios. En una palabra: será como Dios. Y el hombre alarga la mano hacia el fruto y se le abren los ojos y conoce... que está desnudo. Antes no se había avergonzado de su desnudez; ahora trata de disimularla. Y así se abre el abismo entre hombre y mujer (“Esta tiene la culpa”), y entre el hombre y la creación (“En el sudor de tu frente”...).

Con todo, el hombre, al dar este paso, ha alcanzado un nuevo nivel de conciencia, se ha iniciado en el trato “científico” con el mundo, ha comenzado una aventura fascinante y ya no podemos dejar de participar en el viaje que toda la humanidad ha emprendido desde la caída de Adán.

Nueva apertura hacia la realidad de la creación

Podemos resumir nuestras reflexiones en dos constataciones:

1. La experiencia de la “alienación” está íntimamente relacionada con el cientificismo objetivante, que es la base de nuestra civilización técnica.
2. “Alienación” es el término mundano para lo que la Biblia llama “pecado”. Así lo propone el teólogo hindú Mar Gregorios (Paul Verghese) en Nairobi, ante la V^a Asamblea General del Consejo Ecuménico de las Iglesias.

Verghese continúa: “Seguiremos recurriendo a la ciencia y a la técnica contemporánea, que nos han ayudado a vencer muchas enfermedades, a desterrar algunas formas de la ignorancia y de la superstición, a establecer mejores contactos en este mundo y a proporcionar a muchos hombres un mayor bienestar. Pero al mismo tiempo nuestra ciencia y nuestra técnica son en gran parte culpables de que se refuerce y propague la profunda alienación del hombre. Nuestra ciencia y nuestra técnica se edifican sobre la base de una clara distinción entre sujeto y objeto, del silogismo, de nítidas distinciones y exclusiones, de la objetivación, de la supresión de la poesía y de la fantasía. Ellas nos llevan a transformar el mundo de tal manera que se convierta en una parte de nosotros mismos. Así se asfixia la creatividad del hombre, se matan los nervios, se cierran las ventanas hacia lo trascendente. Ellas nos encierran en un mundo fabricado por nosotros mismos y desfigurado por el errado consenso de la sociedad sobre lo que es la esencia de la realidad. El concepto científico de la realidad representa una visión reducida, falsificada, disminuida de la realidad y nos ‘aliena’, enajena, de la realidad real. Necesitamos una ciencia nueva, que nos permita ver dimensiones de la realidad de las cuales por culpa de la ciencia moderna estábamos alienados... Su meta tendría que ser el formar de tal manera nuestra sociedad humana que podamos abrirnos enteramente a la realidad de Dios, a la realidad de la convivencia humana, a la realidad de toda la creación y con ello también a nuestra propia realidad”.

La Regla de S. Benito nos ayuda a percibir esta realidad total, ya que nos muestra cómo se puede vivir la unidad en el tiempo de la alienación (la de los bárbaros del siglo VI y la de nuestra era técnica). Vivir la unidad no significa sólo tratarse humanamente; significa vencer la alienación por medio de una forma de vida que supera la tendencia objetivante por una comprensión “sacramental” de este mundo. Comprender el mundo “sacramentalmente” significa no degradarlo a objeto que yo uso para mi provecho, sino aceptarlo en todas sus manifestaciones como signo de una realidad superior, ante la cual tengo una actitud de respeto.

II. Aceptar al mundo y al hombre como signos sacramentales

El mundo como Palabra de Dios

El relato de la creación del primer capítulo del Génesis concibe el mundo como Palabra de Dios encarnada. “Dios dijo -y se hizo- y era bueno”. Juan I continúa: “Al principio estaba el Verbo... todo se hizo por medio de él y sin él nada se hizo”. Y esta única y misma Palabra, por medio de la cual todo llegó a ser “bueno”, se hizo hombre y no pudo ser aniquilada por el pecado y la muerte, antes bien resucitó a nueva vida. Y es de fe que esta Palabra también está en nosotros, en cuanto permanecemos en él y en su verdad. Esta Palabra es el misterio de toda realidad y toda realidad manifiesta a su modo algo de esta Palabra. Por la fe sabemos que todo lo que ella hace es bueno, aunque a primera vista sea incomprendible o aparezca desfigurado por el pecado; todo lo que nos sucede -si lo aceptamos en la fe, confiando en la Palabra que obra en ello- se nos transforma en don. Así la realidad se vuelve diáfana, se transforma en comunicación, en reflejo de la bondad de Dios, que nos rodea y desea nuestro bien.

Un ejemplo: la comida que está sobre mi mesa no es sólo un alimento útil, sino al mismo tiempo un regalo de Dios para mí, preparado además con mayor o menor esmero por otro ser humano. Si me abro a esta dimensión de la realidad, ello impregnará mi actitud frente a la comida, a la manera de tomarla o de darla. La comida se convertirá para mí en un motivo de acción de gracias y en un medio de múltiple comunicación. No hablaré entonces despectivamente de “comistrajó”, ni despreciaré malhumorado todo lo que exceda mi propio consumo. No es esto un mero asunto de cortesía, antes bien se revela en este detalle hasta qué punto la fe ha impregnado mi vida y me ha llevado a reconocer la creación redimida y reconciliada.

La sacramentalidad del mundo, es decir su carácter de “signo” de lo divino, la experimentamos en diversos grados de intensidad: en la forma más primaria (además de los sacramentos propiamente tales) en el ser humano y esto tanto más cuanto más se reconozca en él la señal de la vida de Cristo. Aunque el hombre sea la culminación de la creación, santificado en grado especial por la encarnación de la Palabra, por otro lado está enteramente integrado a esa creación, que en su totalidad ha sido creada por la Palabra de Dios. Todo el mundo puede transparentar esta palabra, puede convertirse en vaso de su presencia, en instrumento de su conducción. Aceptar el mundo en su sacramentalidad significa tratar a los seres humanos y las cosas con aquel respeto que se le debe al mismo Dios.

Las exhortaciones de la Regla de S. Benito al respeto

Si se consideran las numerosas exhortaciones de la RB a guardar reverencia y honor, se entiende enseguida que la reverencia de la que habla S. Benito está orientada enteramente al Dios trino, incluyendo en ella a los seres humanos y las cosas en la medida en que las relaciones con ellos llevan el sello de la inhabitación de Dios, es decir, de Cristo. En otras palabras: el respeto a los seres humanos y a las cosas se deriva de la posibilidad de encontrar en ellos a Dios.

El honor se orienta directamente al Dios trino revelado en Jesucristo, en el caso de las inclinaciones y reverencias que se hacen al alabar a la Sma. Trinidad y en la proclamación del evangelio en la liturgia (RB 9 y 11). Igualmente se relaciona con esta reverencia el cuidado del oratorio y el respeto, a aquellos que rezan en él (RB 52). Para S. Benito también es natural el respeto al abad por amor de Cristo -la fe ve en él al vicario de Cristo (RB 63)- y al sacerdocio en cuanto se refiere al ministerio (RB 60). Con expresa mención de Mt 25 (“Estaba enfermo... fui huésped... lo que habéis hecho al más pequeño me lo habéis hecho a mí”) se fundamenta dos veces la exhortación a respetar a los hombres por el hecho de que en ellos se recibe en forma especial a Cristo y se le sirve en ellos. En esto se ve que S. Benito interpreta el mensaje de Mt

25 no en el sentido de un moderno humanismo, sino -y esto es lo más exacto desde el punto de vista exeagético- en el sentido de que en el encuentro con los “más pequeños” se reconoce más nítidamente la forma de vida de Cristo y que por ello se tributa a estos pequeños un trato “humano” (RB 53). Hay que “honrar a todos los hombres” (RB 4), incluso a aquellos con los cuales ya no puede haber ninguna comunión (RB 61); pero hay que honrar con más ahínco a los “compañeros en la fe”, a los peregrinos y, ante todo, a los hermanos enfermos, porque ellos son en forma muy especial “14 sacramentos” de la presencia de Cristo. Honor merecen además los hermanos (RB 63 y 72), precisamente porque estamos unidos todos en Cristo (RB 2). Esto y ningún otro motivo debe determinar el respeto y el honor que les debemos. El respeto por el otro se complementa con ese respeto de uno mismo que es la humildad.

S. Benito también exige “cuidado” (es decir, respeto) con todas las herramientas y propiedades del monasterio. Desea que todo esto sea tratado “como vasos sagrados del altar” (RB 31). Si alguien es artífice de algo, debe hacerlo con humildad (RB 57). Esto sorprende a primera vista; pero es que se trata aquí en forma muy especial de “objetos” y existe el peligro, en absoluto ilusorio, de que alguien realice su obra en estos objetos no como una entrega creadora y respetuosa de la realidad de la creación, para hacer resaltar su verdad, su utilidad o su belleza, sino que “use” su obra sólo para exaltar su persona. Todo lo que se hace con respetuoso y humilde sentido de entrega, como un servicio o como expresión de agradecimiento o de alegría, tiene como efecto nuevas relaciones (divinas y humanas); en cambio el que realiza su obra con afán de autoafirmación no dejará de experimentar dolorosamente su alienación y encontrará escaso eco incluso en aquellos a quienes beneficia con su obra. (¿Quién no habrá hecho en su vida alguna vez esta decepcionante experiencia?).

La humildad, arraigada en un sentimiento de reverencia y respeto, es la mejor medicina para la enfermedad de la alienación. Esto vale tanto para las cosas como para los seres humanos. No lograré una relación positiva con el hermano si sólo lo considero como objeto que satisface mis necesidades, si me acerco a él con la esperanza de un provecho para mí, si me impongo a él, si trato de llamar su atención, de atraer su compasión o si me retraigo de tal manera que él se vea obligado a buscarme suplicante. La reverencia y el respeto no están orientados a las capacidades del otro, sino a su persona, simplemente a su *persona*, prescindiendo del eco que se podría encontrar en ella,

Sólo por medio de la fe se comprende que hay un encuentro con Cristo también donde no se encuentra respuesta o incluso rechazo. Para S. Benito el entrenamiento preparatorio para alcanzar esta verdad tiene lugar en el tercero y cuarto grados de humildad. Aquí nos encontramos con la adversidad, con la injusticia, hasta con falsos hermanos. S. Benito nos enseña que también en estos sucesos y personas contrariantes debemos reconocer la Palabra de Dios para mí, una palabra que me purifica y anima mi corazón. Si aprendo a soportar en la paciencia esa palabra, para asemejarme así al Señor en su obediencia hasta la muerte, crecerá mi confianza en la victoria por medio de Aquel que nos ha amado. La Palabra de Dios que obra en el mundo y en mí es el Resucitado. Es la fe en Cristo resucitado la que me enseña a descubrir los caminos y designios de Dios, y no alguna “teología natural”, ni un optimismo que me hace volar algunos instantes, pero que se desploma en el momento decisivo. En la medida en que me incorporo al misterio de la muerte y resurrección de Cristo supero mi alienación y llego a ser capaz de relacionarme sin malicia, con confiada sencillez, con los hombres y las cosas, sin correr peligro de perderme. Esta incorporación al misterio de Cristo se realiza en el encuentro con la buena nueva de su palabra revelada, que se realiza en la vida de la Iglesia y en forma especialmente densa, en la liturgia. Sólo a partir de este sacramento básico logro captar la sacramentalidad del mundo.

III. Develar la sacramentalidad del mundo en la celebración de la liturgia

La liturgia como escuela de fe

Leemos en la Constitución sobre la Liturgia del Vaticano II (Nº 61): “La liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder y hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios”. Con eso ya comprendemos que la salvación que los sacramentos manifiestan y ponen por obra no es algo enteramente del otro mundo, sino que tiene ya su eficacia en mi conducta frente a los hombres y las cosas. Al revés: mi conducta revela hasta qué punto esta salvación ha tomado posesión de mí y hasta qué grado la he aceptado en la fe. Hay una correlación entre mi actitud en la celebración litúrgica y mi actitud frente a hombres y cosas. El que juzga todas las cosas sólo según la utilidad que le prestan no logrará nunca ver en la liturgia sino un ejercicio obligatorio, que debe ser realizado por una razón cualquiera, a lo mejor para hacer resaltar la propia persona. Y esto se manifestará entonces en la actitud durante la celebración: será una ceremonia hueca, reveladora del divorcio que existe entre lo que se hace y el corazón, que se interesa por otras cosas.

¿Tiene sentido corregir a tales personas? ¿Podré obligar a alguien a sentirse más “pleno”, a ser más sensible? Sin duda que hay una acción recíproca entre la fe y el sentido de respeto. Cuanto más viva la fe tanto más profunda la reverencia Y la sensibilidad. Al revés: el esfuerzo por celebrar la liturgia con un sentido de respeto y adoración hace de esa liturgia una escuela de fe. Por medio de tal esfuerzo nuestros sentidos se tornarán más sensibles a los signos de la revelación, la fe será liberada de sus tendencias exclusivamente intelectuales o moralizantes y podrá ser experimentada como enriquecimiento espiritual. Al mismo tiempo tales esfuerzos plasman nuestras posibilidades expresivas: nuestra naturaleza es ennoblecida. La liturgia, tal como la comprende la Iglesia, no es un “happening” de sentimientos desencadenados. En ella todo lo meramente natural ha sido transformado en cultural y todas las imágenes de la liturgia se convierten en escuela de equilibrio y de dignidad espiritual.

La liturgia es celebración de un encuentro, es apertura para recibir y dejarse formar, es un salir fuera de sí; no es teatro, ni es un abandonarse descontrolado a sus propios sentimientos. La liturgia es expresión de nosotros mismos, pero una expresión de gesto y voz formada y estructurada. La liturgia exige de nosotros que nos identifiquemos con formas prefijadas y preformadas. Las rúbricas pre-conciliares trataban de determinar estas formas hasta sus últimos detalles. Se ha superado este detallismo, pero la liturgia “nueva” en general no ha ganado mayor expresividad, sino que se ha vuelto informal hasta lo inexpresivo. Es necesario saber aprender de nuevo cómo hay que sentarse, estar de pie, moverse, inclinarse, cómo se entrega algo, se hace la señal de la cruz o la genuflexión, cómo se toma un libro, se lleva un candelabro o se proclama la Buena Nueva, ya que todo puede resbalar fácilmente hacia la caricatura. También nuestra manera de sonarnos o de carraspear revela algo de nosotros. No es indiferente cómo se canta, cómo se habla, cómo se busca la armonía en el canto, en la entonación, en el ritmo y volumen de voz. La primera condición de una celebración digna y reverente es la identificación lo más completa posible con lo que se está haciendo; no limitarse a realizar meras acciones externas y evitar el estar dividido, teniendo la atención puesta en otra parte. Debemos ensayar y prepararnos para lograr algo digno y hermoso. El que se resiste a ponerse a tono con la celebración afecta también negativamente a los demás. En la celebración litúrgica toda disonancia choca . con el grado de sensibilidad más aguda que ella misma produce.

Liturgia como espacio sagrado.

Más importante aún que el ensayarse es el entrar conscientemente en la liturgia. Hemos hablado al comienzo del carácter sobrenatural del mundo. También hemos tratado de hacer ver que los sacramentos en el sentido estricto tienen una cualidad especial: son señales inequívocas que proclaman la salvación que se manifestó en Jesucristo. De este modo cada celebración

sacramental y por ende cada celebración litúrgica es un acontecimiento sagrado, en el cual nos sumergimos en el misterio de la salvación y nos abrimos a él. Es un acontecer liberado del mundo y de sus leyes, pero en y para el mundo, es decir, para la salvación, para la reconciliación del mundo. precisamente por estar libre de aquella actitud característica de lo mundano que reduce todo a objetos útiles, aptos solo para ser consumidos egoístamente. Por eso es importante circundar la liturgia con límites espaciales inconfundibles. La desacralización no conduce a la salvación, sino a la destrucción del centro vivo. La liturgia presupone un espacio sagrado al que se puede entrar. El espacio de la iglesia, del oratorio, es imagen y velo de esta realidad.

A las iglesias antiguas se entra por un pórtico, Esto no es solamente un orificio provisto de un dispositivo para abrir y cerrar: “El pórtico está entre el afuera y el adentro, entre la plaza pública y el santuario, entre lo que es de todo el mundo y lo que es considerado como consagrado a Dios. Y si uno entra por él nos dice: ‘Deja afuera lo que no es de aquí, pensamientos, deseos, preocupaciones, curiosidad, vanidad. Todo lo que no es santo, déjalo afuera. Purifícate, pues entras a un santuario’” (Guardini, *Los signos sagrados*, Maguncia 1927). La celebración litúrgica requiere elementos de transición entre la plaza pública y el santuario. Entre estos se encuentra el silencio preparatorio. El nos exige venir a tiempo y no en el último instante, exige recogernos y no desperdiciar este precioso tiempo en apresurados trajines que pertenecen más bien a la plaza pública. Si hablamos, debemos hacernos la pregunta si esto es estrictamente necesario. El pasaje de la plaza al santuario exige también que los textos que se presenten lo sean en forma conveniente. En el ámbito científico la Biblia es un texto como cualquier otro. Su interpretación exige un método “objetivante”. En cambio, la liturgia quiere conducir al encuentro inmediato con la palabra de Dios transmitida por la Iglesia. Por eso es necesario que en el espacio litúrgico se entienda inequívocamente que la palabra que se proclama es de los *santos* apóstoles, del apóstol San Pablo o del obispo San Agustín. Estos textos son fidedignos y no requieren un examen previo de parte del que escucha.

Tal preparación al sentido de lo sagrado nos tornará sensibles a la sacramentalidad del mundo y se expresará después también en las formas de nuestra convivencia, en la estructuración de nuestro espacio vital, en el trato con los demás.

Por una mayor sensibilidad

Para terminar volvemos a decir: no pretendemos llegar a la creación de un mundo nuevo sólo por el hecho de ser amables y correctos. Se trata de ser más sensibles a la presencia del Resucitado en la realidad de este mundo. Una mayor sensibilidad implica una mayor vulnerabilidad. Permanecer vulnerable, sin replegarse decepcionado sobre sí mismo, exige valentía, la valentía del grano de trigo (Jn 12,24). Es un camino doloroso, pero un camino hacia una mayor riqueza.

*Niederaltaich
Alemania*